



## POLÍTICA

### ¿Referéndum en Venezuela?

Once muertos, mil setecientos heridos y unos cuatrocientos detenidos es el trágico balance de las violentas protestas y manifestaciones que se produjeron en Caracas y en las principales ciudades venezolanas el mes pasado. No es improbable que, en las próximas semanas —acaso en los próximos días—, volvamos a ver esas imágenes de barricadas, tiros de granadas lacrimógenas y desiguales combates entre la Guardia Nacional y los vecinos. Tomar la calle ya va siendo el último recurso que les queda a los venezolanos para defender sus derechos ante los atropellos de un régimen cuya vocación hegemónica no deja espacio al diálogo ni al respeto ni a la disensión. Muchos creían que, para salir de la crisis política en la que está sumido el país desde hace tres años, Hugo Chávez había aceptado

democráticamente someterse a la prueba del referéndum revocatorio del mandato presidencial previsto por la actual Constitución. No fue otro el acuerdo al que se llegó en Caracas, en mayo de 2003, gracias a la mediación de la OEA y el Grupo de Países Amigos de Venezuela (Brasil, Chile, España, Estados Unidos, México y Portugal). Era necesario recabar 2,436,083 firmas para activar la consulta. Bajo la supervisión de la propia OEA y el Centro Carter, la oposición venezolana consiguió más de 3,400,000 y las depositó, en diciembre pasado, en la sede del Consejo Nacional Electoral. Chávez, que sintió el peligro, lanzó entonces una vasta campaña de propaganda para denunciar un “mega-fraude” que sólo los personeros de su gobierno parecen haber visto. Por fin, el 29 de febrero, después de tres meses de espera, el Consejo Nacional Electoral, dominado por una mayoría chavista, como casi todas las instituciones, dio a conocer los resultados del escrutinio: sólo 1,832,493 firmas fueron declaradas válidas, ya que

todas las demás, por diversas y oscuras razones, presentaban “errores”, despertaban “sospechas”, planteaban “dudas” o simplemente se habían “extraviado”.

Por supuesto, ante tanta triquiñuela, la reacción de la gente no se hizo esperar. Chávez respondió sacando a la calle a la Guardia Nacional y desatando una represión que, como ya se sabe, fue feroz. Pero gracias a la valentía de miles de venezolanos y a la firme condena de un buen sector de la comunidad internacional —y de instituciones como la Fundación Sajarov y Human Rights Watch—, Chávez y su Consejo Nacional Electoral se han visto obligados a rehacer sus cálculos y a negociar con la oposición las condiciones de ratificación de al menos 1,116,547 firmas consideradas “dudosas” o “sospechosas”. Si se llega finalmente a un acuerdo, se hará otra vez posible realizar un referéndum que es importante no sólo para los venezolanos sino para todos los demócratas, dentro y fuera de nuestro continente. Y es que el teniente coronel Hugo Chávez ya ha dado sobradas muestras del perfil marcadamente autoritario de su régimen y del peligro que representa su política internacionalista para el porvenir de la democracia. Recordemos que sus triunfos electorales de 1998 y de 2000 le permitieron, desde un comienzo, controlar fácilmente las principales instituciones del Estado venezolano e ir sojuzgando aquellas que escapaban a su poder, hasta hacer de casi todo el aparato público una dócil máquina al servicio del Ejecutivo. Las repetidas reformas y modificaciones del reglamento de la Asamblea Nacional, las frecuentes y apenas veladas amenazas contra los jueces y el Tribunal Supremo de Justicia, la neutralización de las instancias de fiscalización interna y el nombramiento de más de cien militares en altos cargos administrativos han ido dando cuenta así de la realidad de un proyecto político que algunos analistas ya han calificado de “dictadura legal”. Si añadimos la purga y el gradual desmantelamiento del ejército para crear unas fuerzas armadas paralelas y fieles a la ideología

chavista, el despido de cientos de obreros, técnicos y gerentes de Petróleos de Venezuela S.A. después de las huelgas de 2003 y la subsiguiente militarización de la empresa, y, por último, el chantaje y la intimidación a que están sometidos constantemente los opositores y agentes sociales (partidos, sindicatos, medios de comunicación, asociaciones), se entienden mejor las denuncias de tantos venezolanos que, desde hace varios años, han venido alertando a la opinión pública internacional sobre la progresiva consolidación de una tiranía en Venezuela.

Como un corolario de la crisis política, la situación económica y social ha ido adquiriendo también visos dramáticos. Repito lo que ya he escrito en otra parte: las cifras e indicadores venezolanos dan vértigo. En 2003, el PIB se contrajo en un 9.2% a pesar de un ligero repunte en el último trimestre, la inflación superó el 25% y la tasa de desempleo oficial llegó al 20% (la extra-oficial se sitúa alrededor del 28%). Desde 1998, la moneda venezolana se ha devaluado en más de un 200% (la última devaluación, del 16%, tuvo lugar en febrero), el gasto público no ha cesado de crecer y, con él, la deuda interna, que ha pasado de 2.3 billones de bolívares a 15.3 billones (unos 9,500 millones de dólares). Completo este cuadro dantesco con el dato de las 6,098 pequeñas y medianas empresas que han desaparecido —más de la mitad del parque empresarial venezolano— y con ese 58% de la población activa que, según los cálculos más optimistas, sobrevive trabajando en el sector informal. Para resumirlo todo en unas pocas palabras: Venezuela atraviesa actualmente por una de las más graves recesiones de su historia. Y mientras tanto el presidente Hugo Chávez subvenciona mercadillos en el centro de Caracas, juega al costoso juego de aparecer co-



Hugo Chávez, el dictador legal.

mo uno de los líderes mundiales del movimiento anti-globalización y amenaza a nuestro principal cliente, los Estados Unidos, con... un embargo petrolero, como si estuviéramos todavía en los años setenta del siglo pasado.

Nadie ignora a estas alturas que, detrás de semejante fanfarronada, así como de otras acusaciones recientes contra el gobierno norteamericano, se asoma la mano de Fidel Castro, el orgulloso mentor de Chávez, y el afán de La Habana por impedir que la experiencia de Nicaragua se repita en Venezuela. Hoy por hoy, lo que está en juego no es poco: el abastecimiento de petróleo a la isla, que resulta vital para garantizar la continuidad del castrismo y cuyo pago, no en moneda sino en servicios, ha sido el pretexto perfecto para enviar a Venezuela, junto a los médicos y a los maestros del programa de cooperación, a un sinnúmero de funcionarios cubanos que nadie sabe a ciencia cierta a qué han venido ni quién los acoge ni dónde están. Fuentes de inteligencia, citadas por el diario *El Universal* de Caracas, señalan que, para el solo mes de octubre de 2003, se registraron 11,530 de estos ingresos por el aeropuerto internacional de Maiquetía. Cualquiera que conozca medianamente los hábitos políticos y morales del dictador de La Habana a la hora de defender sus intereses más in-

mediatos no puede menos que admitir que, a los venezolanos, nos sobran motivos de inquietud. Como para profundizar esta alianza, en el Congreso Bolivariano de los Pueblos, en noviembre pasado, los Círculos Bolivarianos de Chávez, entes creados a imagen y semejanza de los CDR castristas, se comprometieron a luchar, junto al Partido Comunista Cubano, contra el Plan Colombia, el ALCA y, por supuesto, contra el cerco a Cuba. Si hemos de tomar en serio

tal declaración, acaso haya que incluir, pues, en el capítulo de la política internacional del chavismo, no sólo la confesada admiración de nuestro presidente por Castro ni su visceral antiamericanismo sino también las concordantes y no menos inquietantes informaciones de la prensa francesa, norteamericana y colombiana que denuncian la repetida utilización del territorio venezolano como zona de despeje por los guerrilleros de las FARC y el ELN.

Por todas estas razones y algunas más, de llegarse a un acuerdo en los próximos días, la celebración del referéndum revocatorio en Venezuela señala una jornada de capital importancia y muy alto riesgo. Pero si, por desgracia, fracasan las negociaciones y se pierde la esperanza de realizar la consulta, el peligro será aún mayor, pues nuestro país entrará entonces en un tiempo aciago en el que caben las peores hipótesis, desde el estado de excepción hasta la guerra civil, pasando por un nuevo pronunciamiento militar, una represión brutal de la oposición y, sí, la instauración de una dictadura ya sin tapujos.

En los dos casos, con o sin referéndum, es esencial que la comunidad internacional siga atentamente el desarrollo del proceso político venezolano hasta que se llegue a una solución pacífica, consensual e institucional de la

crisis. Como lo han demostrado los hechos recientes, los ojos del mundo son uno de los escasos avales que van quedando para que se respeten los derechos humanos y las libertades democráticas en Venezuela.

No ha sido otro el objetivo de la carta suscrita el pasado 25 de febrero por más de doscientos escritores, artistas e intelectuales venezolanos. Lo que se pedía y se sigue pidiendo a través de ese llamado, que aún circula por diversos medios entre Europa y América, es la atención de nuestros pares y, de un modo más general, de la opinión pública internacional, para que no se consuma en Venezuela un fraude electoral que sea el preámbulo a la instauración de una dictadura. Ojalá que estas líneas, que se hacen eco de las preocupaciones de esa carta, puedan contribuir a que se mantenga el nivel de alerta de todos ante el grave peligro que hoy se cierne sobre nuestra democracia. —

— GUSTAVO GUERRERO

## POESÍA

### *El lenguaje: punto de partida y de llegada*

La creación poética es esencialmente una búsqueda, y esa búsqueda, expresada de innumerables formas, es colectiva, no sólo por la diversidad de expresiones en que se manifiesta, sino porque el lenguaje, su punto de partida, nos pertenece a todos.

Adentrarse en los territorios del lenguaje significa, para la poesía, recuperar lo que en él ha desgastado y opacado su uso habitual. Recuperar el brillo, el peso, el color original de las palabras, reencontrar su densidad —de materia moldeable, de fuerza conducible, de movimiento— y sopesar los efectos de sus combinaciones es una parte del proceso creador del poeta. Otra, simultánea, es la de entrever y entretejer la multiplicidad de sentidos que sus posibles combinaciones generan: De la fusión de esos sentidos con la gestualidad sonora del lenguaje (sus

ritmos, sus cambios de tono, su densidad, su ligereza...) surge el lenguaje poético. De su organización, a la vez plástica y musical, en un espacio que no sólo lo enmarca sino que contribuye también a la generación de sentidos y despliegues cinéticos (ya que en él se distribuyen, entran en contacto o se aíslan las palabras) surge el poema.

Si el lenguaje científico, filosófico, y aun el lenguaje cotidiano, para alcanzar una comunicación práctica y eficaz, tienden a reducir al mínimo la ambigüedad y a unificar y fijar sus significados, el lenguaje poético, por el contrario, tiende a hacer perceptible la convivencia de sentidos diversos —y de sus resonancias y matices— y a hacer confluír en ellos las más distintas regiones de la vida anímica.

La poesía reintegra, así, lo que el lenguaje racional separa o deja fuera. Y lo hace encontrando los vínculos que nos permiten reconocer como necesaria esa integración. “La obra de un poeta —comentaba Xavier Villaurrutia en uno de sus ensayos— no vale sino en la medida que lleva consigo, al mismo tiempo, y en el mismo grado, lo inexplicable y lo explicable.”

Abierto a las libertades de lo onírico, a las revelaciones del inconsciente, a las formas que adopta el pensamiento mítico, y ceñido a sus propias fuerzas generativas, a esa energía palpable que lo recorre y que va dictando sus trazos, sus transformaciones, sus convergencias y reflejos, sus imantados silencios, el poema nos lleva a asomarnos a nosotros mismos y a descubrir lo que de otro modo no podríamos entrever ni tocar.

Y esa fuerza de cohesión, sin duda la que más importa, proviene, a la vez, del poder del lenguaje y del magnetismo que en el poema generan sus resonancias y el impacto de sus asociaciones e imágenes, pero proviene también de la capacidad del poema para enfrentarse a la realidad —independientemente de los recursos que pone en juego— para abrir un ángulo de tensión con ella.

Basta girar un poco el espejo en que la realidad está acostumbrada a refle-

jarse para que aparezcan, de pronto, aspectos que la costumbre nos impide ver.

Algunos de esos aspectos la enriquecen, otros la desmascaran, otros más nos orillan a constatar la posibilidad de lo que excluye.

Una grieta delgada en la solidez de lo que parece inalterable. Una visión y su deslumbramiento. Un espejo inclinado. Un lente. Un cristal que hace visible —en sus densidades y texturas— su materialidad. O un prisma que diversifica los rayos de luz que lo tocan y entran en él. Las sombras y las imágenes que articula; los universos cambiantes que deja ver. Pero también las facetas que de pronto reflejan al que se acerca a ellas. El poema es una creación colectiva también en ese sentido: Cada lector ve en sus reflejos algo distinto. Cada lectura se detiene en diferentes rasgos, en diferentes cortes, en líneas distintas de sentido. Cada lectura

reconstruye su vitral singular, su propio espectro de contenidos únicos.

Y en la convergencia entre la experiencia singular y lo universal a que aspiran sus figuras y formas, el autor es también un lector más.

Si la poesía tiene una función social, no es sin duda la de imponer maneras de ver, de pensar o de comunicar, sino la de abrir canales a la sensibilidad y a la comunicación, posibilidades a la articulación del pensamiento, matices a la expresión de la emotividad y perspectivas para replantearnos nuestro estar en el mundo.

El punto de partida de la poesía es el lenguaje, pero también su punto de llegada. Sobre él se abren los caminos que traza. A él regresan sus numerosas expresiones y hallazgos. Y de la inagotable capacidad de sugerencia que encierra, de sus profundas y casi inaprensibles sutilezas, la poesía extrae sus filos y desentraña su poder y su fuerza. —

— CORAL BRACHO

*(Este texto fue leído por su autora al recibir, con Pedro Ángel Palou, el Premio Xavier Villaurrutia 2003.)*

## NACIONALISMOS

### Creer y no creer

Muchos niños creen en los Reyes Magos, es decir, dan por seguro que las palabras “reyes magos” y las dramáticas figuras de luengas barbas que saludan desde fantásticos carromatos, coinciden y son lo mismo. Será difícil que nos expliquen el sentido de su creencia o digan algo certero sobre Melchor, Gaspar y Baltasar, de dónde vienen o por qué uno de ellos es negro, ya que, desdichadamente, sabemos que se trata de una fantasía y que los niños viven un sueño. Sin embargo, mantengamos el engaño porque (decimos) así son felices. Es dudoso. Quizá serían más felices si cada 6 de enero sus padres les cubrieran de regalos, de modo que no tuvieran nada que agradecer a tres espantajos cuyas decisiones son incomprensibles y constataran en cambio el amor inmediato de sus padres.

Nadie, sin embargo, es capaz de acabar con este enredo porque lo que está en juego no es la felicidad de los niños, sino la de los adultos, su deseo de no crecer. Y también el interés, la codicia y el negocio de los adultos. La gran mentira se santifica mediante un gran espectáculo para adultos, en el que los niños hacen de comparsas. La admirable espontaneidad infantil, que celebra con igual entusiasmo el salto de una foca que la presencia de un Rey Mago, nos permite mantener la conciencia tranquila. El alborozo de la chiquillería no hace daño a nadie.

Algunos adultos creen en Dios, es decir, dan por seguro que la palabra “dios” y un ente en verdad vivo, creador del cosmos y centinela de nuestra existencia, coinciden y son lo mismo. Es difícil que nos expliquen el sentido de su creencia e imposible que nos digan algo interesante sobre Alá, Yahvé, Dios, si son todos el mismo, si sólo hay uno, si se llevan bien, si tuvieron hijos, porque, por desdicha, nosotros sabemos que es una fantasía y que viven en un sueño. Mantenemos el engaño porque (decimos) así son felices. Es dudoso. Quizás serían más felices si aceptaran que nin-

gún inmortal nos puede salvar o condenar, y que la salvación o la condena se juega a muy breve plazo y entre humanos. Quizá entonces asumirían más responsabilidad terrestre en lugar de esperar a que la bondad divina o el progreso lo remedie todo.

Nadie, sin embargo, puede acabar con esta alucinación porque no es la inmortalidad de Dios sino la de los creyentes, el deseo de no morir, lo que está en juego. ¿Cómo aceptar que somos innecesarios y que absolutamente nada puede remediarlo? Eso, y el interés de los creyentes, su codicia, su negocio. La esperanza de vida eterna se justifica así mediante el colosal espectáculo de las iglesias, en el cual los creyentes actúan de comparsas. La admirable resistencia de los humanos a aceptar su muerte nos permite mantener la conciencia tranquila. La bondad de muchos creyentes es, además, una bendición para todos.

Una vez perdidas las creencias simples, hay una última y rebuscada creencia, antes de comprender que también es inútil. Algunos ciudadanos se aferran a la palabra “nación” y a la demarcación administrativa donde negocian sus papeles, persuadidos de que coinciden y son lo mismo. La Nación, otro ente eterno, único y sobrenatural, guía y determina sus vidas desde el más allá. Es difícil que nos expliquen el contenido de su creencia y es imposible que nos digan algo interesante sobre esa extensión física fabulosa que permanece inmóvil miles de años y que, aun siendo tierra, vegetales y animalia, parece como si tuviera alma. Incluso (eso dicen) es la misma Nación pero distinta según se llame España, Euskadi, Cuba o Israel; unas son buenas, otras malas, y las hay verdaderas o falsas, como entre las divinidades arcaicas. Es difícil porque, por desdicha, nosotros sabemos que es el último recurso antes de reconocer que nuestra vida en la tierra carece de fundamento y debemos aprender a vivir sin ayudas sobrenaturales. Mantengamos el engaño porque (decimos) así son felices. Es dudoso, pero no vale la pena hablar de ello.

Nadie, sin embargo, puede acabar

con esta religión animista porque no es la identidad de la Nación sino la de los creyentes, su deseo de ser alguien, lo que está en juego, y eso hace imposible el razonamiento. ¿Cómo aceptar que no hay varias identidades humanas, que todos somos exactamente iguales, que nuestras diferencias son ornamentales o estéticas, pero jamás de fondo, y que construir una identidad no trae mayor justicia, inteligencia o libertad a nadie, ni mucho menos al identificado? Eso, y el interés de los creyentes, su codicia, sus negocios. El sueño de la identidad se justifica mediante el gran espectáculo ideológico en el cual los patriotas ejercen de comparsas. La insaciable sed moderna de distinguirse de la masa humana indistinta nos permite mantener la conciencia tranquila. El patriotismo de los creadores de lenguaje, de los inventores de formas, músicas y arquitecturas, de los que luchan contra invasores asesinos, forman parte de lo mejor del tiempo moderno.

Incomprensiblemente, y con el fin de ser alguien, de vez en cuando estos creyentes, en especial cuando son muy ricos, se dedican a liquidar a sus vecinos más próximos, como si para ser alguien debieran reducir a todos los demás a la nada, hasta reinar sobre un camposanto como únicos e idénticos a sí mismos. Entonces su sueño se convierte en nuestra pesadilla y nos obliga a despertarles de su ensoñación. Pero hay que ir con ojo, cuando despertamos a alguien profundamente dormido, lo más probable es que reaccione dándonos un furioso botellazo. —

— FÉLIX DE AZÚA

## GUIONISMO

*¿Con quién andan  
nuestros hijos?  
(Videodramón con música,  
a la manera de Juan Orol)*

Un argentino un poco presumido, un poco bien parecido y un poco barbado llega a México. No, no es el Che Guevara: es ¡CARLOS

AHUMADA KURTZ!, que en pocos años pasará de pobre a ímprobo. En las escenas siguientes lo vemos —en Teotihuacán, en el Zócalo, en la Alameda, en los elevadores de la Torre Latinoamericana, en Cholula— distribuyendo cuentas y espejitos entre los cándidos nativos a cambio de algunas compañías constructoras, un periódico, dos equipos de fútbol, por lo menos un jet privado y varias conciencias.

Se escucha un ritmo sincopado, urgente. *Corte a* la escena inolvidable e impagable (valga el adjetivo) en que RENÉ BEJARANO, en una actuación digna de Peter Lorre, mustia y perseverantemente se afana y se afana y se afana por acomodar un montón de dólares en un maletín desgraciadamente pequeñito. *Close up* del momento en que parece meterse billetes y hasta ligas sueltas en los bolsillos del saco, que no es de buen corte. *Close up* del rostro borrado digitalmente de CAK que se ríe para sí mismo. Se oye una voz en *off*: “¡La próxima vez compre sus petacas en Maletas Kurtz!”

Acordes de bandoneón. Otro Carlos (no MARX sino ÍMAZ) es captado mirando melancólicamente hacia la Torre de Humanidades de la UNAM y hacia su pasado de líder estudiantil, mientras entona las primeras estrofas de su tedioso tango “La sociedad me condena (pero mi cara está limpia)”. *Corte a* la ya inolvidable escena en que lo vemos sin siquiera un maletín y con sólo dos patéticas bolsas de supermercado retacadas de billetes mexicanos. El malvado CAK se ríe para sí mismo. Se oye la misma voz en *off*: “Cuando vaya usted al súper, redondee los pesos a favor de su caridad preferida: ¡el PRD!”.

Sin venir a cuento (porque es una película tipo Juan Orol), *corte a* EMILIO CHUAYFETT que se abotona y se desabotona y se reabotona el saco y que afirma, con una cara más dura que una estatua de granito *plus*: “¡Por supuesto que (en el PRI) tenemos autoridad moral!” En *plano americano* descubrimos a ELBA ESTHER GORDILLO, que observa desconsolada cómo se le escabullen los 101 diputados dálmatas que habían sido

suyos. Esta imagen es brutalmente sustituida por el rostro de ROBERTO MADRAZO PINTADO sonriéndole a la nación y tratando de no aterrarla más. *Fade out*.

Sonido de olas. Más sonido de olas. Olas. La cámara *panea* hacia el NIÑO VERDE en traje de baño, reluciente de aceite bronceador y rodeado de jolgoriosas *springbreakers*, con una bella playa de Cancún como trasfondo. El joven senador canta la bucólica balada ecológica “Son re verdes los dólares” al son de “*Green, green goes the grass*” y le sonríe cándidamente a la cámara. En la distancia, en un *very long shot* se ve, enfurecido como de costumbre, a DON DIEGO FERNÁNDEZ DE CEVALLOS, el barbudo y sañudo conquistador que le rostizó los pieses al último emperador azteca, barbón que es senador de la República y que ahora grita: “¡Por lo visto no me he dado a entender!”

Profundo silencio. *Fondo negro*. Aparece en blanco la leyenda *Crestomatía: 1988*. Observamos la seria imagen del entonces secretario de Gobernación MANUEL BARTLETT, que sin embargo canta el cha-cha-cha “Se nos cayó / se nos cayó / el sistema / que era anatema / se nos cayó”. Su imagen es muy lentamente sustituida por la aún más grave de CUAUHTÉMOC CÁRDENAS, el entonces derrotado candidato a la Presidencia, que alega que se cometió fraude en su contra. Esta imagen se sustituye, también muy lentamente, por varias fotos recientes de ESTOS DOS PERSONAJES caminando codo con codo por una calle, en una manifestación, y cantando el son guajiro que sabrosamente pregona “El petróleo es nuestro, / la electricidad es nuestra, / nuestra es la verdad / y todititos los demás / son vendepatrias / de verdad”. En *off* se escucha a un coro de niños desentonados que cantan “Mexicanos al grito de Peemex...”

*Corte a* LÓPEZ SOBRADÓN pensando... y sonriendo... entre idea... e idea... y finalmente ejclamando: “¡Joy bueno e indejtructible como Chanoc!”, mientras lentamente se superpone la imagen de ROSARIO “AMAZOC” ROBLES cantando su conmovedor bolero “Si amar a un hombre como a mi partido es delito”.

Ante el silencio general, la misma cantante popular entona su melancólica habanera “Cuando salí de Cuba (en el avión de Kurtz)”.

Latidos lentos, sordos, de un corazón en peligro. Hospital. Escenas de médicos —y médicas— en la sala de Terapia Intensiva. En los pasillos, todos los priistas (menos los SALINAS DE GORTARI) y todos los panistas (menos FERNÁNDEZ) y todo PORFIRIO MUÑOZ LEDO acuden a solidarizarse con la desgracia que aqueja a la FAMILIA CÁRDENAS. *Disolvencia lentísima*.

Música que nos avisa que la película está a punto de terminar. En un video que desde luego no muestra su rostro, CAK, el argentino que resquebrajó por sí solito todo un partido, declara en tono muy pensativo: “Al final del *Corazón de las tinieblas* de Conrad se ubica el personaje que mi compatriota José Luis Borges llama en su prólogo ‘el abominable Kurtz’...”; luego se ríe para sí mismo y en tono menos filosófico comenta: “Y, ejcucháme, ¿sabés qué verbo usamos en mi país por engañar, defraudar, timar? ¡Mexicanear!” *Fade out* dramático.

Atardece y los pajaritos cantan en Los Pinos antes de dormir. En un salón, se ve a VICENTE FOX ensayando la canción de protesta más popular de los últimos tiempos: “¿Y por qué yo?”, mientras su SEÑORA ESPOSA nos guiña el ojo y nos susurra: “¡Vamos, México!”

*Nota bene*. Quizá no sea descabellado pedirle a CAK que financie esta película que a final de cuentas, mal que bien, lo inmortaliza. Podríamos, si así lo desea, cambiarle el título. Sugerencias: *Confesiones de un inmigrante*, *Y sho loj mejicané a loj mejicanoj, ¿víjte?* o lo que él sugiera. —

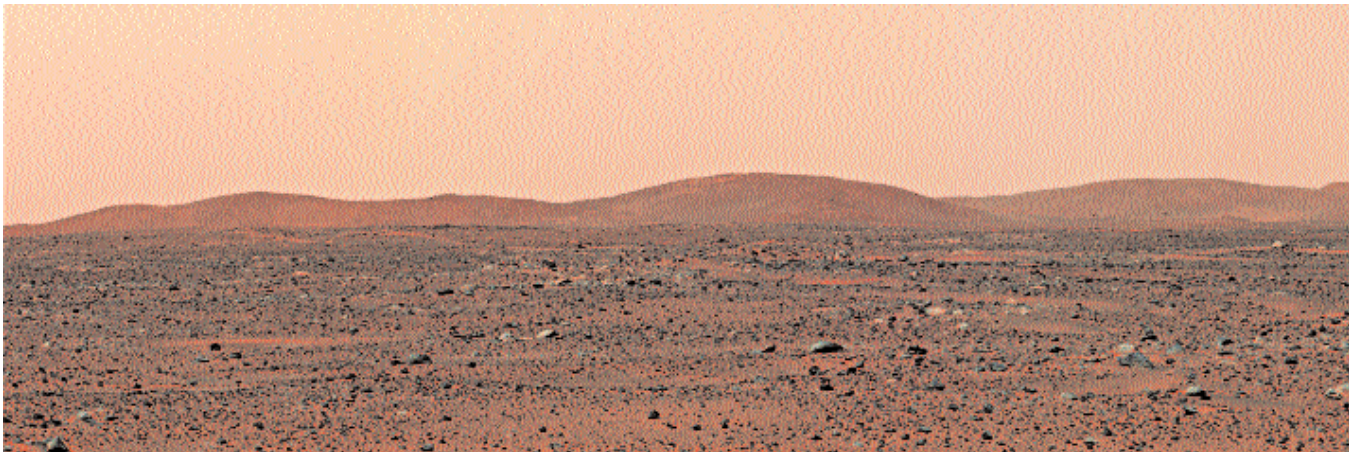
(Proyecto de guión del 15 de marzo de 2004.)

— HÉCTOR MANJARREZ

## VIDA EXTRATERRESTRE

### *Lejos de Marte*

Hasta donde los estudios del cosmos nos permiten comprender, la vida es un chiste



local. Fuera de este planeta, no existen las pequeñas hormigas que insisten en tratar mi cocina como si fuera Polonia: un día me levanto y descubro una carretera de dos vías de hormigas cuya glorieta es tan sólo una minúscula hojuela de cereal de chocolate. Y dicen que la vida tiene misterios incomprensibles. Para las hormigas no hay secretos: pueden organizar su vida entera a partir de un pan viejo. Ahora poseo un nuevo insecticida cuyo principal efecto sobre ellas es despertarles un “comportamiento errático”: las hormigas rociadas abandonan sus posesiones, se organizan en un culto apocalíptico y cometen suicidios masivos en la regadera.

La estoy rociando ahora mismo, antes de irme a una cena. Es una de esas reuniones a las que las amigas convertidas en señoras llevan a sus bebés para que nos lloren a los demás durante horas; y siempre llegan las otras amigas, las que no tienen hijos, pero que visten a sus perros como tales y tratan de enseñarles el orden de los cubiertos en una mesa mientras ellos le ladran a algo que está fuera de su vista. Lo único que puedo imaginar como una salvación en esas condiciones es que estamos tan cerca de Marte como lo estuvimos en 1975. Y Bush ha prometido que pronto estaremos ahí mismo.

Allá afuera hace frío, está lleno de vacíos y lo que puede verse desde cualquier punto es el pasado de lo que estás viendo. El presente es sólo nuestro. Pero, más allá de las teorías del

tiempo, lo que más me asombra son los astrónomos que han detectado en un rincón del cosmos los ruidos de su inicio. Es como poder oír los gemidos y gruñidos de tus padres concibiéndote. Después de eso, cualquier astrónomo necesita ir a terapia:

—¿Cuál es su primer recuerdo?

—El *Big Bang*, doctor. *Big Banging*, créame.

Pero no obstante que pueden oír los inicios del cosmos, todo sigue quedándonos muy lejos. El que las galaxias estén tan ridículamente retiradas entre sí implica que, si X y Z recibieran una invitación a cenar de W y N en el sistema solar f, correrían el riesgo de llegar cuando ya W y N estén muertos y la cena en f, fría. O que, dados X y Z, éstos lleguen entubados a un respirador artificial, y la dirección de la cena ya no sea f, sino cualquier otra letra minúscula:

—¿Disculpe? —le preguntan X y Z a Q, siendo Q una constante, pues es el velador de la estación espacial U— ¿no es esto f?

—No —respondería Q, f tendió a M, de tal suerte que explotó.

—¿Podemos entrar a su estación espacial U para morirnos?

—Pero rápido, porque también U tiende a M.

Y entonces X y Z tratarían de regresar a casa, pero serían absorbidos por un hoyo negro cuya presión les pondría la cabeza a la altura de los dedos del pie. Mirándose los juanetes, X y Z tratarían de explicar lo que les

está sucediendo:

—Z, creo que estamos viajando por el tiempo.

—Ay no, ¿tendremos que pasar de nuevo por la adolescencia?

Y es que así son las cosas para los hombres en el misterioso cosmos. No somos más que los mortales erguidos criados por accidente en el brazo de una galaxia de los suburbios de la parte más despoblada del lugar menos accesible de todos, pero debieran ver qué bien se ponen algunas mujeres en este lado recóndito de la galaxia. Y los extraterrestres no llegan y nosotros nos vamos. No queda claro, entonces, nuestro papel como exploradores intergalácticos, pues cada vez que se habla del tema es la luz la única que viaja. Su velocidad no me es entendible más que por el tiempo entre que le pico al interruptor y el foco se enciende. Y aun a esa velocidad, a la luz le toma un tiempo muy poco confortable de años para llegar de un lugar al que sigue, algo como diez a la diez más lo que tarde en aparecer su equipaje. Si los que viajamos somos nosotros, ¿qué haremos durante el viaje de setenta años luz? Supongo que flotar, caminar por el techo, y terminar con espagueti en el pelo deja muy pronto de ser una actividad recreativa. ¿Luego qué? ¿Te pasan películas? No puedes llevarte un libro de la biblioteca porque no existen préstamos que caduquen a los diez mil años terrestres. Es por eso que, cuando los astronautas se avisan cosas como: “La computadora desarrolló una ambi-

ción desmedida de quedarse con todo y planea asesinarlos” o “Entró un pulpo que nos va a inocular a sus viscosos hijos para que nos mastiquen las entrañas”, todos los humanos se movilizan con euforia. Carajo, después de treinta años luz, al fin un poco de acción.

Pero, a dos millones de años luz de la galaxia de Andrómeda, la cena con bebés que gritan hasta asfixiarse y perros con gorritos del Cruz Azul que sacan la lengua y guiñan al vacío, es, de alguna manera, la cúspide del desarrollo del universo. Del *Big Bang* a “Amanda, enséñale a mi amigo la grosería que aprendiste”. Mientras Amanda se acerca y me toma del bigote con fuerza, los adultos balbucean cosas incomprensibles, los perros se movilizan contra los adornos de cristal. Atenazado, trato de encontrar en el negro vacío del cosmos un signo tranquilizador, algo que me diga que Amanda no es el sentido último de todo lo demás, que existe una ausencia de dirección y que ella es sólo un accidente. Y no sé cuál es Marte.

Todo en lo que puedo pensar es en que el DNA nos ha visto la cara, otra vez. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

## JUSTICIA

### Detenidos

La madrugada del 12 de febrero, agentes de la Policía Preventiva de la ciudad de México detuvieron a Gerardo Sifuentes y Epigmenio León —de 30 y 29 años, respectivamente—, en la colonia Roma, a pocos metros de la casa del primero. En el expediente se afirma que tenían aliento alcohólico; no consta que estuviesen en estado de ebriedad, pero, en apariencia, la razón verdadera del arresto es que la Preventiva ofrece a sus oficiales una bonificación de 2,500 pesos por cada persona que presenten al Ministerio Público como detenido en flagrancia, o presunto responsable de un delito, para incrementar el número de detenciones.

Sifuentes y León supusieron que, todo lo más, verían amanecer desde la oficina del Ministerio Público. Sin embargo, al llegar fueron acusados de robo de autopartes: dos espejos retrovisores. Como en el Distrito Federal ya no existe —desde noviembre de 2003— fianza para ese delito, los dos pasaron, en efecto, un tiempo breve en el MP, pero de allí fueron enviados, de manera “automática”, al Reclusorio Norte.

En el área de ingreso del Reclusorio, León y Sifuentes aguardaron una semana mientras se realizaban peritajes y se tomaban declaraciones de testigos que avalaran la probidad de ambos. Para el viernes 20 se habían obtenido evidencias en cantidad suficiente (se pensaba) para que el dictamen fuese favorable..., pero de todas formas la jueza Julia Ortiz Leandro, del Juzgado 42 del Reclusorio Norte, les dictó auto de formal prisión. Hasta el día en que termino esta nota (12 de marzo) los dos siguen presos. Una nueva audiencia se celebró hoy, y habrá dos más antes de la sentencia, que se dará el día 26. Contra todo lo ocurrido hasta el momento, se espera que las inconsistencias en el proceso desde la averiguación previa —en la que los primeros abogados que tomaron el caso cometieron errores garrafales— puedan resolverse, y que los litigantes encargados actualmente de asesorar a Sifuentes y León logren su liberación y les restituyan su buen nombre con los recursos legales a su alcance.

Sifuentes y León se distinguen de otros procesados porque son escritores —aquél, incluso, es becario del Fonca y ganador de premios internacionales— y varias cartas de protesta firmadas por sus colegas han aparecido en los medios. De inmediato, se ha aludido al elitismo que se achaca, siempre que intervienen en algún asunto público, a artistas e intelectuales, pero lo dicho en favor de los encarcelados (véase la carta de Carlos de la Sierra, Carlos Oliva Mendoza y Francisco Aguayo Ayala, *La Jornada*, 8 de marzo, o la firmada por cerca de trescientos escrito-

res, *La Jornada*, 24 de febrero) apenas se ha referido a su oficio. En cambio, siempre se ha enfatizado que León —quien llevaba varios años trabajando como funcionario del Conaculta— y Sifuentes —quien tenía un empleo fijo en una agencia de publicidad además de su beca— no *necesitaban* robar... y que, en cualquier caso, no podrían haberlo hecho con la habilidad de especialista endurecido que se les atribuye. Los espejos fueron removidos con herramientas que León y Sifuentes, según todos los testimonios disponibles, no tenían, y cabe pensar que ninguno de los dos cometería la estupidez de robar justo frente a su propia casa. (En esto, los dos no se distinguen de millones de personas razonables.)

Pero la declaración más importante sobre el caso puede ser la de Carlos Manuel Gurrea Magos, fiscal de la delegación Cuauhtémoc (*La Jornada*, sábado 28 de febrero), pues resume una actitud todavía peor que la mencionada arriba: una condescendencia paternal, segura de su infalibilidad, que se basa en generalizaciones hechas a la ligera y elevadas al rango de leyes inmutables: “a lo mejor en su juicio”, dice el funcionario, en medio de una argumentación más larga contra (parece) las simpatías mal encaminadas, “los escritores o cualquier otra persona no harían una cosa así, pero el alcohol transforma...”

Gerardo Sifuentes y Epigmenio León son víctimas, por supuesto, de un celo descaminado en la aplicación de la justicia, con menos interés en la razón de los arrestos que en su cantidad y que ve los casos individuales como partes ínfimas de un reporte estadístico. Pero Gurrea Magos muestra que el problema sobrepasa incluso las injusticias que los dos escritores continúan padeciendo. La idea ridícula de que cualquiera puede “caer de la gracia” (y su corolario: que la autoridad nunca se equivoca al juzgar que así ha sucedido) se vuelve aterradora cuando se invoca como justificación de la arbitrariedad.

Una amiga común, tras haber visitado a Sifuentes, volvió con historias

que él ha sabido de otros presos inocentes, arrestados por estar cerca de la escena de un crimen, porque no pudo capturarlos a otros, porque a veces, se diría, lo más fácil es ir contra quien menos puede defenderse. Ancianos que no pudieron quitarse de en medio durante un asalto, hombres sentenciados por malicia o ignorancia, jóvenes como León o Sifuentes —menos José Revueltas que José K, menos presos de conciencia que presas de un sistema inconsciente— permanecen, junto con los verdaderos delincuentes, en nuestras prisiones. —

— ALBERTO CHIMAL

## GÉNEROS

### Los muertos de Ciudad Juárez

Los cadáveres se han apilado por centenas en el interior y en las afueras de Ciudad Juárez. A menudo las víctimas son encontradas en el desierto, enterradas en tumbas a ras de tierra o con los descoloridos huesos esparcidos por el paisaje. La mayoría de ellos son jóvenes. Muchos sufrieron torturas antes de ser asesinados. El género juega un papel decisivo en los crímenes; hay indicios de complicidad por parte de las autoridades.

En la década pasada, alrededor de noventa mujeres jóvenes en Ciudad Juárez fueron secuestradas, violadas y torturadas de manera brutal, y asesinadas en serie. Su destino ha provocado —reciente y tardíamente— agudas críticas dirigidas a la incapacidad de las autoridades para investigar los asesinatos en forma adecuada y para ejercer justicia sobre los criminales. Este texto, sin embargo, no trata sobre aquellas mujeres tan cruelmente asesinadas. Se concentra, en cambio, en la abrumadora mayoría de las víctimas: trata sobre los hombres asesinados de Ciudad Juárez.

Como escribió Debbie Nathan en un artículo para el *Texas Observer*: “Con mucha más frecuencia se encuentran cadáveres asesinados, tasajeados y chamuscados de varones, y no cuerpos fe-

meninos. [Pero] Pocos parecen sorprenderse, mucho menos escandalizarse, por esta carnicería de machos contra machos.” Para tener una idea más clara de los patrones que siguen los asesinatos en Ciudad Juárez, considérense las estadísticas citadas en el informe del 2002 de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos ([www.cidh.oas.org/annualrep/2002eng/chap.vi.Juarez.2.htm](http://www.cidh.oas.org/annualrep/2002eng/chap.vi.Juarez.2.htm)). De acuerdo con la Comisión, “1993 marcó el año de un incre-



¿Y para los hombres?

mento notable en el asesinato de mujeres” en Ciudad Juárez. “Mientras que 37 mujeres habían sido asesinadas entre 1985 y 1992, aproximadamente 269 fueron asesinadas entre 1993 y 2001. [...] Un análisis basado en los certificados de defunción y otros datos concluyó que 249 hombres fueron asesinados entre 1990 y 1993, mientras que 942 hombres fueron asesinados entre 1994 y 1997: un incremento del 300%”. Esto refleja en parte el crecimiento explosivo del tráfico de cocaína en el norte de México. “De acuerdo con el mismo estudio, veinte mujeres fueron asesinadas entre 1990 y 1993, y 143 fueron asesinadas entre 1994 y 1997: un incremento del 600%. (ver [www.cidh.oas.org/annualrep/2002eng/chap.vi.Juarez.2.htm](http://www.cidh.oas.org/annualrep/2002eng/chap.vi.Juarez.2.htm)).

El interés de la Comisión es poner de relieve el incremento agudo del número de mujeres asesinadas. No cabe duda de que el tema merece atención seria. A pesar de los espeluznantes ru-

mores acerca de la existencia de ritos satánicos, videos *snuff* y bandas de asesinos en serie, los factores clave probablemente son más cotidianos, y no por ello menos atroces. Cientos de miles de mujeres jóvenes han inundado Ciudad Juárez, y la zona maquiladora circundante, a partir del inicio de la era del Libre Comercio en las relaciones con Estados Unidos. La independencia y el comportamiento público afirmativo que asumen estas mujeres van en contra de la tradición mexicana, y parecen haber excitado una reacción asesina por parte de algunos varones. Hombres y mujeres de talante conservador sostienen que esas mujeres “se la están buscando” por vestirse provocativamente, o por andar en las calles de noche y sin una compañía masculina. No le queda a uno más que lamentarse por la perseverancia de esta mentalidad, y por las patologías violentas que enciende.

Pero también podemos examinar las estadísticas de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) desde otro ángulo, las cuales arrojan un total de 942 varones asesinados entre 1994 y 1997, a la vez que el porcentaje de mujeres también se disparó de forma alarmante: 143 asesinadas durante el mismo periodo. Por lo tanto, los hombres conforman el 87% de las víctimas de homicidio, y las mujeres el 13%. Esto sin duda representó un cambio notable con respecto al periodo que va de 1990 a 1993. En ese entonces, la brecha de género era aún más abierta, cuando los varones conformaban el 92.5 % de las víctimas.

Vale la pena notar que la cifra de la CIDH —las 269 mujeres asesinadas entre 1993 y 2001— incluye a *todas* las mujeres a las que se privó de la vida, no sólo el casi 33.3 % aparentemente elegidas por el asesino o asesinos en serie. Abarca, pues, a numerosas víctimas femeninas de la violencia doméstica, por ejemplo. Hay que notar también que en el 2000, el año más reciente del que pude encontrar estadísticas, fueron asesinados 215 varones así como veintisiete mujeres. Esto indicó un ligero aumento en



la proporción de víctimas masculinas con respecto al periodo 1994-97, algo menos del 89%. Yendo en relativa contracorriente de los estereotipos de género, sólo 51 del total de los asesinatos fueron clasificados como relacionados con el narcotráfico, incluyendo a cinco de las mujeres victimadas.

¿Qué cosa podría explicar el desvío de atención de la abrumadora mayoría de las víctimas de asesinato en Ciudad Juárez? En parte, eso da fe del estatus de las mujeres asesinadas en el discurso y el activismo feministas. Por lo general agrupadas con otras muertes femeninas violentas, los asesinatos en serie se presentan como un ejemplo de “femicidio” —el asesinato con distinción de género. Una vez más, esta estrategia es exitosa. Los asesinatos en serie de mujeres son un rasgo constante de la actividad criminal masculina (los asesinatos son casi siempre varones, excepto cuando los crímenes ocurren en instituciones “de atención social”, como hospitales y asilos. El hecho de hacer énfasis en los asesinatos de mujeres sirve también de ocasión para discutir temas importantes, como la explotación de la mano de obra femenina en la zona maquiladora, la reacción violenta de muchos hombres en contra de las tendencias de modernización en las relaciones de género, y la brutal violencia doméstica que a menudo resulta de ello.

Pero igualmente hay razones más dudosas para esta marginación de las víctimas masculinas. El modo de operar estándar en el academicismo y activismo feministas dicta que, cuando un fenómeno social complejo como el asesinato se trae a discusión, hay que seguir ciertas reglas. Por decirlo brevemente, los temas que evoquen preocupación y empatía con respecto a las mujeres —en este caso, el agudo incremento de las tasas de asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez— se deben separar cuidadosamente y habrán de exponerse de manera aislada. La información que amenace con equilibrar o contextualizar el cuadro, quizá en detrimento del énfasis que se ponga en

las víctimas femeninas, debe desatenderse o suprimirse. De ahí la invisibilidad de nueve décimas de los asesinatos en Ciudad Juárez. Esto asegura que la información relevante esté sólo disponible para quienes estén preparados para hurgar en ella. (Las estadísticas en el informe de la CIDH están enterradas en pies de página; el artículo de Debbie Natham, citado anteriormente, es el único texto donde he visto que realmente se eche una luz crítica y escéptica sobre las exposiciones habituales acerca de los asesinatos en Ciudad Juárez.)

La estrategia feminista refleja —y explota— convicciones culturales con respecto a los varones que son casi universales. Se los ve como víctimas “naturales” de los homicidios por dos razones principales. En parte, esto obedece a que en la mayoría de los casos los asesinos de varones son también varones —y todos sabemos que “*boys will be boys*”. Por otro lado, se considera a los hombres como víctimas que propiciaron la violencia. Así como algunas personas consideran que las jóvenes “están buscando” convertirse en víctimas cuando violan los códigos sociales de vestuario y comportamiento, las mentalidades predominantes consideran que los hombres “se están buscando” la muerte que les llega cuando se involucran en actividades ilegales o criminales, aun cuando (como sucede en Ciudad Juárez) puede que existan pocas oportunidades de trabajo de otro tipo, especialmente si se favorece a las mujeres como fuerza de trabajo en el sector de la maquila. Uno podría alegar que el argumento de “estársela buscando” es objetivamente más válido en el caso de los varones; sin embargo, el prejuicio contra las víctimas masculinas puede ser también más penetrante e incuestionado, sobre todo porque el discurso feminista ha tenido éxito en alertarnos con respecto a patrones de discriminación y violencia en contra de las mujeres.

Éste es un terreno que pide a gritos que los analistas y activistas lo exploren. Ciertamente, es ya el momento de que un grupo de derechos humanos,

como Amnistía Internacional, inter venga y expanda un poco nuestra mente. Pero el único interés de Amnistía en Ciudad Juárez radica en la relativa minoría de víctimas femeninas de asesinato —tal como se reflejó en su detallado informe de agosto del 2003, “Intolerable Killings” [“Asesinatos intolerables”]. Cada persona debería leer y ponderar este informe. Tiene mucho que decir sobre los patrones femeninos de la victimización violenta y del sexismo arraigado que lo sustenta. ¿Podría uno esperar que pronto Amnistía Internacional o algún otro actor influyente dedique también alguna atención a esas otras nueve décimas partes de las víctimas —los hombres asesinados en Ciudad Juárez? —

— ADAM JONES

Traducción de Fernanda Solórzano

## POLÍTICA ELECTORAL

### *Lealtades compartidas*

En un periodo de apenas dos generaciones, el ritmo de migración hacia Estados Unidos se triplicó —hasta alcanzar la cifra de cerca de un millón de inmigrantes por año. El mapa sociodemográfico de ese país se ha transformado gradual, pero profundamente. Ha cambiado la composición de la fuerza laboral en ciertas actividades y sectores, a la vez que han surgido nuevas elites regionales o locales. En particular, la presencia histórica de los mexicanos (y de los descendientes de mexicanos) ha adquirido un sentido social y cultural distinto, tanto en lugares de antigua presencia histórica como California y Chicago, como en las nuevas zonas de moderno desarrollo económico como las dos Carolinas.

En el 2000, los hispanos llegaron a representar la mitad de los inmigrantes en Estados Unidos. Y mientras correspondía ya al 12% de la población total de ese país a principios de este siglo, crecieron en un 10% en los últimos dos años, y rebasaron ya a la población negra como “la minoría étnica” más grande en el país. En cincuenta años se cal-

cula representarán el 25% de la población total.

En forma paralela, en este mismo periodo, los migrantes mexicanos han aumentado el envío de remesas a nuestro país, convirtiéndolas en la segunda fuente de ingresos no tributarios. En el 2003, las remesas alcanzaron los 14,000 millones de dólares en las cuentas externas nacionales. Para México, además, el flujo de migrantes permanentes o temporales, que alcanza ya una cifra de cerca de 350,000 trabajadores cada año, se ha convertido en la principal “válvula de escape” de una economía que registra los más altos índices de desempleo en más de media década, y un crecimiento marginal o prácticamente nulo en lo que va del siglo.

De esta forma, los mexicanos en Estados Unidos (como parte de una población hispana más amplia) han aumentado en presencia y fuerza. Su nuevo peso demográfico, social y económico los ha hecho exigir —en forma individual o colectiva, a través de organizaciones hispanas, mexicanoestadounidenses o bien de “mexicanos en el extranjero”— una mayor participación y representación política en *ambos* lados de la frontera. Un sector indeterminado en el número específico, pero proveniente de un universo potencial de cerca de diez millones de mexicanos en Estados Unidos, exige desde hace por lo menos diez años votar en la política de México.

La lucha jurídica y política que se ha dado en los últimos años a favor del voto de los mexicanos en el extranjero forma, sin embargo, parte de un complejo fenómeno social. La posibilidad de que los mexicanos que residen fuera del territorio nacional ejerzan sus derechos políticos por lo que toca a nuestro país, y voten en las elecciones, entra de hecho en conflicto con la intención de muchos de formar parte integrante de la sociedad estadounidense. La posibilidad de que ejerzan su derecho a votar en las elecciones de México estrecha y reafirma los vínculos con su país de origen, al tiempo que los constituye como una fuerza (al menos moral) de presión

permanente para la defensa y protección de sus intereses.

La oportunidad de votar en las elecciones presidenciales (e incluso en las elecciones legislativas) del 2006 implica, pues, un dilema difícil de abordar y resolver. Los mexicanos que radican en Estados Unidos viven en forma cotidiana un proceso de aculturación e integración social, que no significa que siempre (o de manera inmediata) se desprendan de su identidad propia como hispanos o mexicanos. En muchos casos existe un movimiento en sentido contrario incluso: de reafirmación de dicha identidad. Ya en los setentas, durante el apogeo del movimiento chicano, los intelectuales de origen mexicano en Estados Unidos (véase Ed Ludwig y James Santibáñez, editores, *The Chicanos, Mexican American Voices*, Baltimore, Penguin Books, 1971) se planteaban las maneras de conservar una cultura propia dentro del *melting pot* estadounidense.

Para muchos mexicanos o mexicanoestadounidenses, la participación en la política de México ocupa de hecho un segundo plano: su principal objetivo —por necesidad o voluntad— está encaminado a la integración en la vida social de su nuevo país de residencia. Al mismo tiempo, sin embargo, un número de ciudadanos mexicanos residentes en Estados Unidos tienen interés en votar en las elecciones de su país de origen. Además, debido a las reformas a la Constitución mexicana en materia de doble nacionalidad, un grupo reducido de ciudadanos mexicanos ha optado por adquirir ese estatus jurídico, haciendo explícita su doble lealtad.

La lealtad compartida genera en las mentes conservadoras un verdadero conflicto. Recogiendo conceptos arcaicos de la *Nación* o el *nacionalismo*, que más tienen que ver con las nociones reaccionarias de Michael Dibidin (*Dead Lagoon*) que con las reflexiones progresistas de Benedict Anderson (*Imagined Communities*) en esta materia, consideran que “para los pueblos buscando identidad y reiventando su etnicidad, los enemigos son esencia-

les”. Esto es lo que pretende Samuel Huntington,<sup>1</sup> politólogo de Harvard y ex asesor de Seguridad Nacional, frente a la nueva realidad sociodemográfica que representa la creciente presencia de los hispanos y mexicanos en Estados Unidos: crear un enemigo interno.

Frente a la posibilidad real de que los mexicanos en el extranjero voten para México, la respuesta aquí de algunos intelectuales ha seguido una línea de argumentación igualmente criticable que la anterior. Para algunos juristas, por ejemplo, el ejercicio del derecho constitucional de sufragar en el extranjero significa que se abriría la posibilidad de que millones de ciudadanos norteamericanos intervinieran en la elección del presidente de México.

Ni dichos juristas, ni Huntington están dispuestos a actualizar su concepción tradicionalista (y ahistórica del nacionalismo). Para el segundo, al no encajar en la lógica del *American Dream*, los hispanos “amenaza[n] con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas, y dos lenguas. De manera distinta a los antiguos grupos inmigrantes, los mexicanos y otros *latinos* no han logrado asimilarse a la cultura de Estados Unidos, conformando, por otra parte, sus propios enclaves políticos y lingüísticos”.<sup>2</sup> Hay quienes se rehúsan a aceptar que el Estado nacional conserva una deuda moral con los mexicanos que salieron (porque tuvieron que salir) de nuestro país debido a las carencias y limitaciones en el desarrollo económico. A lo más los consideran ciudadanos de segunda y, por lo mismo, que se les deben restringir los derechos que la Constitución les otorga.

En la realidad contemporánea, el nacionalismo, como explica Hobsbawm, significa una excusa para negar las nuevas configuraciones sociodemográficas y, por ende, políticas. “[La] vaguedad y falta de contexto

1 Véase Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.

2 Samuel Huntington, “The Hispanic Challenge”, *Foreign Policy*, marzo-abril, 2004.

programático [a la definición del nacionalismo] le confiere un potencial apoyo universal dentro de su propia comunidad.” Pero, por ello, se vuelve excluyente y discriminatoria.<sup>3</sup> En contraposición, debemos preguntarnos, ¿a quién le corresponde definir los límites de la nación en un mundo globalizado, donde los derechos humanos son universales, y las fronteras políticas no separan a las comunidades? El voto de los mexicanos en el extranjero debe entenderse, en este contexto, como el reconocimiento de que la nación mexicana está integrada por millones de ciudadanos que, por razones históricas, geográficas y económicas, no radican *todos* dentro del territorio nacional; pero que ello no significa o debe significar que los que estén fuera quedan excluidos de sus derechos políticoelectorales. —

— EMILIO ZEBADÚA

<sup>3</sup> Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 169.

## IN MEMORIAM

### Jorge Hernández Campos (1919-2004)

Cuando muere un amigo, el listado de sus hechos, de su obra, su currículum importan nada. Aparecen y vuelven repetidamente ciertos pequeños recuerdos, algunos fragmentos de conversaciones, gestos —cierta sonrisa maldosa, inteligente, contra la petulancia de algún incómodo comensal— y una tristeza que parece venir de los huesos y alacia el cuerpo. Y así, guango, el recuerdo vive para sus caprichos y no obedece a la voluntad.

No puedo sacarme de la cabeza una escena que me contó Jorge de su estancia en Madagascar: había sido invitado a una reunión con jóvenes comunistas, todos copias fidelísimas del Che Guevara: barba rala, boina y vacíos nebulizadores para un asma que no padecían. “Imagínate, ya con unas copas encima, ver un grupo de cinco ches guevaras borrachos preparar entre murmullos la futura insurgencia del pueblo y la inmi-



Jorge Hernández Campos.

nencia de tu muerte.” Poco a poco, Jorge se fue quedando aislado; preguntaba sin obtener respuestas, nadie quería hablar con él: “Total que tuve que escaparme. Habían decidido que yo era un agente de la CIA.”

Es una anécdota como tenía decenas. Sin embargo, lo pinta de algún modo: Jorge siempre fue distinto. No se parecía a nadie. Dotado de una inteligencia muy aguda, hirsuta, a veces desbaratada, no resultaba fácil lidiar con su intermitente ideología —¿qué

hacia Cicerón en el PRI?— ni con su percepción del Estado, por ejemplo, pero quién podría olvidar, si los leyó, aquellos momentos en que se ocupaba, ya de la dictadura en Rumania, ya de la idea ciceroniana de Estado, o de alguna prodigiosa alucinación de fiebre durante la cremación de un amigo, mitad burlas, mitad veras. Podía ser duro, atrabiliario, enojón; sus enemigos se enteraban pronto de cuánto pica una puya, pero siempre había una persona en juego, arriesgándose a pensar por cuenta propia y, encima, de frente a uno de los más acobardantes temas: el poder. A diferencia de la hipocresía del “hombre bueno”, Hernández Campos nunca rehuyó su fascinación con el poder. A ello debemos al menos dos portentosos

poemas: “El presidente” y “Padre, Poder” (ambos en *La experiencia*). Su poesía podrá ser escasa, poca, pero es extraordinariamente alta. Nunca será un poeta popular, y tal vez mejor. Su música difícil, la descarnada verdad del autoescarnio, esas escenas de desolación y, de nuevo, esa musicalidad tan reacia y penetrante. Cosas así se han dicho de muchos poetas. Vuelvo a mi imagen: Jorge, solo, entre abundantes ches guevaras chaparros, igualitos... —

— JULIO HUBARD

